1069

El Bandolero.

3

EL BANDOLERO.

Juan Pío
Colmenero Cuello
Ad. Gallo

Aprobada por la Junta de Censura de los teatros del reino.

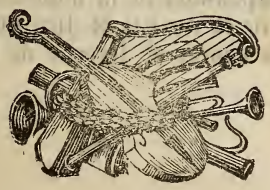
EL BANDOLERO.

Drama andaluz en tres actos y en verso,

ORIGINAL

DE D. RAFAEL PITALUGA Y DELGADO.

Representado por primera vez con aplauso en el Teatro del Circo de esta ciudad.



CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
plaza de la Constitucion, número 11.
1850.

Esta obra es propiedad
de su autor y editor.

Los corresponsales de la imprenta, librería y litografía de la Revista Médica son los autorizados para cobrar el derecho de propiedad.

Al estimable actor

D. JOSÉ G. CABALLERO.

La buena acogida que esta obra ha obtenido de mis cultos compatricios, me obliga á suplicarle á V. la admita en prueba del singular afecto que le profesa su verdadero amigo

EL AUTOR.

Personajes.	Actores.
D. Pedro de la Cañada, conde.	*D. Sebastian Vechio.*
Bernardino.	« *José G. Caballero.*
Carolina.	*D.ª Dolores Leon.*
Simon.	*D. Bernabé Blanco.*
El tio Cebedeo.	« *Pedro G. de Casas.*
Juan Trabuco.	« *Francisco Flores.*
Beltran.	« *Francisco Carreto.*
Margarita.	*D.ª Dolores Vazquez.*
Enrique.	*D. José Perara.*
Pepe Rojo.	« *José Jarpon.*

Comparsas de bandidos y soldados.

SUCEDE LA ACCION EN LAS INMEDIACIONES DE GRANADA POR LOS AÑOS DE 18...

673989

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una selva: al frente varias peñas figurando unas montañas escabrosas, pero colocadas de modo que se pueda transitar por ellas: en el centro algunos árboles esparcidos: á la izquierda una puerta que sirve de entrada á la choza de Bernardino: á los lados del proscenio dos banquetas de madera tosca.—La escena estará iluminada por la luna.

Escena I.

Aparecen los bandidos recostados al pié del monte sobre sus mantas: PEPE ROJO *de centinela en lo alto,* SIMON *y* TRABUCO *sentados en los bancos del proscenio.*

JUAN. Ocho mir duros mos dan
si se entriega ese salero.
SIM. Pus yo por ese dinero
no vendo á mi capitan.
JUAN. ¿Has perdío er pesqui, Simon?
Qué jasemo en esta vía?

SIM. ¿Y eso de qué mos servía
si no tenemo perdon?

JUAN. Caya, ahí está lo mejó: (*Se levantan.*)
apandamos la monea,
y tambien, pa que tú vea,
da un endurto pa los do.
Con que, lo mando por eya?

SIM. Mala sangre! quíes cayá?
si no fueas mi camará,
te embutía en las estreya.
A mí venserme? por dónde!...
Te dejo entero er bautismo,
pa que vayas ahora mismo
á responderle á ese conde.
Le dises e parte mia,
que aunque ar fin soy un laron,
tengo mejor corason
que tú y que su señoría.
Que múe de paresé;
su jinero pué guardarlo,
poique si yego á encontrarlo,
me lo como á su mersé.
Que sus perdones pa mí
son jachares y canguelo;
y solo quiero er der sielo
cuando me yegue á morí.
Esto le cuenta, estás tú?
gorviéndote aquí en seguía,
si no quíes que sea tu vía
mas supita que la lú.

JUAN. Evera? mas dejao frio!

Empué que toito er suseso
te lo cuento, dises eso?

SIM. Guíyatelas ya, judío,
y da grasias, por soplon,
que er gatiyo no encalomo
y media libra e plomo
te entierro en er corason.

Escena II.

El TIO CEBEDEO *y dichos.*

CEB. Cabayeros, qué susee?

SIM. Naita, tio Cebedeo.

CEB. Se me quiso efigurá,
jase ya rato ayí entro
jechando un sueño, que estábais
platicando mu erresio,
y me metí en descudiao
no juera argun mar suseso.

SIM. Pus ya vusté que no es ná:
la partía está durmiendo,
y yo aquí solo con este...
resándole á san Mateo.

CEB. Me alegro; mas vale asin:
pero vamos á otro cuento.
Y Bernardino aónde está?

SIM. No ebe de andá mu lejo;
poique fué á pegá un vistaso
en la artura de aquer serro.

Y tú qué jases parao? (*Ap. á Juan.*)
yeva esa rimpuesta luego;
que contenerte á la vera
no sé como me contengo.

JUAN. Voy á dársela, Simon,
pero aguanta er mirlo...

SIM. Bueno.

JUAN. (No te durará dos horas
en er buche este secreto.) (*Vase.*)

SIM. (Anda, vete, que toas juntas
me las pagarás, gran perro.)

Escena III.

SIMON *y* TIO CEBEDEO.

CEB. Hombe, sabes que me da
mala espina ese chavó?

SIM. Pero poiqué?

CEB. Que sé yo!...
no lo pueo atravesá,
ni quisiera verlo aquí.

SIM. Le ha jecho asté argun elito?

CEB. Nó; sino que er probesito
tié mala sombra pa mí.

SIM. Ejusté ese pensamiento
tan malo, tio Cebedeo.

CEB. Jasta cara e fariseo
abela, que es un contento.
Aluego á los pasajero

los asiguata en los pino,
y anda siempre Bernardino
esatando amarraero.
Yo... te igo la verdá,
si no fuera por mi hijo,
tenia er nene, e fijo,
sien arma en la eterniá.

SIM. Pus ya que asina estasté
con ideas malisiosa,
le viasté á contá una cosa
que me vino á proponé.

CEB. Si es mala, no me la iga,
que estamo en sábao santo;
y pa que me cause espanto...

SIM. Ascúchelasté, fatiga.

CEB. Tú me vas á pervertí.

SIM. ¿Osté quié que Bernardino
pierda er sentío laíno
y espiche de berri aquí?

CEB. Mejó quieo que un lalgalto
me tajele.

SIM. Pus cachasa.

CEB. Esembucha lo que pasa.

SIM. Vasté á saberlo en un salto.
Ese pícaro ayegó
á este sitio ar mediodía,
y asin que vió á la partía
durmiendo, me preguntó:
¿cuanto necesitas tú
pa dejá esta vía perra,
y haserle á toita la Sierra

de esta manera la crú?
Yo.... le ije.... francamente:
pa no pasá mas apuro....
con tené.... cuatro mir duro,
viviria honraamente.
A loirlo se alegró,
y dijo: yo te los doy
si no me esamparas hoy.—
Habla pronto, le ije yo.—
Pus has de sabé que un conde
de cariño está que trina
disiendo que es Carolina
la que en su pecho se esconde.
Quiere sacarla de aquí;
de mí sa venío á valé;
y yo por servirlo á é,
to te lo declaro á tí.
Da en er punto ocho talega
en monea de oro neto,
y un endurto mu completo
si esta noche se le entriega.
Miste, lo mismo que arsiba
se me puso er tragaero:
vamo.... si no es compañero,
lo tiendo patas arriba.

CEB. Jesucristo, y qué perrá!
Er chavó mos vende e fijo:
cuantito ayegue mi hijo
se lo voy á esembuchá.
Misté, robarle er tesoro!...
Ese es pariente de Júa,

ó por lo meno, no hay dúa,
que fué su pare argun moro.

SIM. Lo sabusté ya? pus bueno.
Me las guiyo en este istante
á observá los vigilante,
que hay tiempo están ar sereno.

CEB. Yo tambien me voy á dí;
y asin que yegue Bernardo,
le dises que yo le aguardo:
que me lo eches pa ayí. (*Vase.*)

Escena IV.

SIMON.

Ya cayó er lobo en la ré
sin que le varga iscurpa:
verémo á ve su curpa
cómo la paga er manté.
Alerta siempre, Simon,
que er mundo es mu embustero:
mas primero á lo primero.
Vamos á la obligasion. (*Vase.*)

Escena V.

JUAN TRABUCO *y el* CONDE *disfrazado con manta y sombrero gacho.*

COND. Con que es decir que no cede?

JUAN. Así dijo y me insurtó.
COND. Allá verémos si puede
un bandido mas que yo.
JUAN. No pierdasté la esperansa,
que mos quea otro camino
donde tome usté vengansa
de ese y de Bernardino.
COND. Cuál es?
JUAN. A las dies, cayao
vienusté po este andurriá
con toitos los sordao
que reunasté po ayá.
Yegasté echando arrogansia;
con fuersa tan poerosa
armasté aquí una sanfransia,
y se yevasté la mosa.
COND. No dices mal; que mi afan
hoy atropella por todo,
y vencerá de ese modo
muy en breve...
PEP. *desde el monte.*) El capitan!
COND. Qué es eso?
JUAN. Que ya está aquí.
Fartarasté á su promesa?
COND. Descuida. Me oculto....
JUAN. Ahí,
etras e la peña esa.

Escena VI.

JUAN *y* BERNARDINO.

BERN. Cabayeros, güenas noches.
JUAN. Felises.
BERN. Hay noveá?
JUAN. A las siete vino un coche
y lo que trajo ayí está.
BERN. Pus yo, por fortuna mia,
peor vengo que me fí.
Ar yegá junto á la ria
un probe viejo escubrí;
en aqueya horita mesma
ar mirarlo me asusté;
era como la cuaresma
y der canto de un papé.
Largusté la bolsa, hermano,
le ije, y sarta formá:
«emusté un tiro, cristiano,
y hasusté una cariá.»
Me jiso tar movimiento
en er pecho esa espresion,
que si digo lo que siento,
se me partió er corason.
Le pregunté qué camino
fartaba pa donde iba,
y lo yevaba su sino
«quinse leguas mas arriba.»

Entonses, con goso puro,
metí la mano sin tregua
y le arrié quinse duro,
que sale á duro por legua.

JUAN. Vaya una limosna neta!

BERN. Pus qué habia e darle?

JUÁN. Er qué?...
Bastaba con dos peseta.
Y aluego, qué jisusté?

BERN. Ayí me queé asperando:
y apenas entró la noche
vide que venia un coche
no de carrera, volando.
Arsé er trabuco en seguía
pa dispararle un balaso,
mas contuve aluego er braso
pa vé ónde se dirigia.
Habiendo andao troche y moche,
er carricoche paró,
er cochero se abajó
y abrió la puerta der coche.
En esto bajó un señó,
y dentro se distinguia
una jembra que desia:
«No soy curpable, por Dio
tener cariá de mí!
harta desgrasia es la mia...
ay! no quitarme la via;
dejarme sola po aquí!
Dejarme en esta espesura
con mis penas tan siquiera

que no fartará una fiera
que me dé la seportura.»
La sacan en bolandiya
entre otros dos asesino,
y la amarraron á un pino
yorando á la probesiya.
Viendo aquer perro señó
que ya estaba asigurá,
sacó der borso un puñá
y en er pecho le apuntó.
Al ver tanta endiniá
y antes que er vir descargara,
me eché er trabuco á la cara
y me fí pa er camará.
Al estar de ér á dies paso
le jise la puntería,
y sin desí Ave María
lo vorteé de un balaso.
saqué ar punto mi retaco
y dije á la gente perra:
ar que no se tire en tierra
lo achicharro con er taco.
Mi arma, osté no se asombre,
le jablé á la señorita,
que me isía, probesita!
«Amparemusté, buen hombre.»
Mandé ar momento con brío
la quitasen los cordele,
y lo mesmo que chusquele
jisieron er gusto mio.
Aluego á los tres cogí

con toitico mi furó;
pero eya los perdonó....
y yo los dejé viví.
Ar defunto lo enterré
pa que concluya su historia,
y á la niña, cacho e gloria,
en er coche la senté.
Me subí en la elantera
toito yeno e vaniá,
y le serví e mayorá
jasta la sudiá primera.
Ayí, pa mayó consuelo,
me despidió á bendisione,
y yenito e lagrimone
me regaló este pañuelo.
Dióme inero y lo espresié,
poique el interé es mu malo;
y yo no armito regalo
que se critiquen despué.
Y estoy yeno de alegría
de haber jecho esta jasaña,
pa que cuente á media España
que á mí me debe la vía.
Y que si hubo un cabayero
de sangre perra y Neron,
no fartó un buen corason
en pechos de un bandolero.

JUAN. Vaya una asion pelegrina!
Y no le dijusté ná?

BERN. No la quise ni mirá,
recordando á Carolina.

Por si su estreya es tirana
como pué serlo la mia,
que estando yo de juía
las uñas le echen mañana,
tenga cuarquiera presente
que la tien de respetá,
como jiso su chavá
con esa probe inosente.
Pero vamos á otra cosa.
Dónde anda?

JUAN. No sé ná.

BERN. Voy á verla, que estará
porque tardo pesarosa.
Ascucha, y los vigilante?

JUAN. Conforme usté los dejó.

BERN. No se han relevao?

JUAN. No.

BERN. Vamo á jaserlo al istante.
A quién toca?

JUAN. (Mala bala!)
Jasta er tres está yamao.

BERN. Pus arriba el acostao,
que la peresa es mu mala.
Número cuatro, alevanta.

(Los llama y se levantan por su órden.)

Guíyatelas á la peña,
que estará Perico Greña
con tres horas de carpanta.
Cinco, bastante has dormío;
ligerito, erecho ponte

á relevá en ese monte
á Pepe, y que baje ar nío.
Sei, á rondá po er camino;
y en sonando un pajarito,
ya sabes, tocas er pito.
Siete, á subirte en er pino.
Con que, estamos enterao?
Pus ca uno á su lugá: (*Se retiran.*)
y mientras voy á escansá,
ocho, á rondá po este lao. (*Vase.*)

Escena VII.

JUAN *y el* CONDE.

JUAN. Sargasté de esos matojo.
COND. Lograrémos nuestra empresa?
JUAN. Usté cumpla su promesa
que se yevará su antojo.
COND. Sí, pero vamos de aquí
no nos vean....
JUAN. Eso é:
voy á acompañarlo á osté
jasta dejarlo po ayí.
Naide tocará á su ropa.
Que no se orvíe lo hablao:
á las dies en este lao,
y á quinse pasos la tropa.
COND. Descuida; no le valdrá
todo su poder y brio.

JUAN. Osté dé lo prometío,
que la jembra es dusté ya. (*Vanse.*)

Escena VIII.

BERNARDINO *y* CAROLINA.

BERN. Ven, mi gloria, mi contento:
echa po aquí una mirá,
y alumbra en este momento
la noche que er firmamento
tiene ascura, resalá.
Dále envidia á esos lusero
que están en esas artura,
pa que vean que er mundo entero
lo alumbra una criatura
con sus clisos retrechero.
Díle á esa máscara tuna
que se asoma ayí tan rara,
que contigo no hay nenguna,
pa que donde esté tu cara
tape la suya la luna.
¿De qué sirven esas rosa
que perfuman á los viento,
si tú, Carolina hermosa,
dejas la tierra olorosa
solamente con tu aliento?
No sé con quien compararte;
pus cuando Dios te crió,
no supo de qué adornarte,

y tan solo pa adorarte
en mis manos te entregó.
Me quieres?

(Vuelven los bandidos del relevo y se acuestan con los demás.).

CAR. Por compasion,
Bernardo, no igas má;
poique pierdo la rason,
y se me quiere arrancá
de su sitio er corason.
¿No he de quererte, bien mio,
sor der mundo, mi alegría,
aurora qué ha renasío
sobre la tierra esparsía,
tan solo pa mi arbedrío?
¿No he de quererte, chavá,
si es la tuya mi esistensia,
y tu lus la clariá
que tiene toas mi potensia
dia y noche iluminá?
Ay! si la horita tirana
yegase, que tú el orvío
pusiera en esta serrana
y otra fuera tu surtana,
ante que verte en su nío
me daba muerte inhumana.

BERN. Yo dejarte, quinto sielo?
¿Yo dejarte, cuando eres
entre toiticos los seres
la mejó pa mi consuelo
que Dios jiso en las mujeres?

Ay! debiera haber nasío
en un trono, por mi estreya,
de briyantes guarnesío,
y haberte á tí conosío
pa adorarte ayí, mi beya!
Porque quisiera, remona,
que esos cabeyos que peina
los cubriese una corona,
pa que fuera toa una reina
tu salerosa presona.

CAR. No sueñes, no, mas grandesa,
que pa naitica las quiero.
Estoy mas por tu cruesa,
manque una lengua perbesa
te critique e bandolero,

BERN. ¿Y por quién, sino por tí,
sargo yo po esos camino
y le digo á un chinorrí,
ponte boca bajo, endino?
No es pa tu sustento, dí?
¿Quién sino tú, Carolina,
me sujeta muchas vese
cuando er coraje me trina,
y dejo dir las berlina
y devuervo los parnese?
Prenda mia, quíes cayá?
Si ter desirme bandolero
es lo mesmito, salero,
que á los santos del artá
no quitarles er sombrero!
Qué no jaré yo por tí?

¡Pus si estoy ya eseando
que venga ese conde aquí
á quitarte e junto e mí
pa estarlo ya vorteando!

CAR. Yo una grasia te peiría.

BERN. Díla, que gustoso aguardo.

CAR. Que lo dejaras, Bernardo.

BERN. Píe otra cosa, arma mia;
eso no, porque me ardo.
Dempué que tó su conato
lo puso en seguir mi pista
pa robarte sin recato,
y dejarme sin tu vista
como tres en un sapato,
quíes que sea generoso?
No pueo jaserlo, mi amó:
hoy es un dia horroroso:
morirán ambos á dó;
ese y er fasineroso.

CAR. ¿Y no sirve que mi ruego
te pia por su salú?

BERN. No te aflijas, que mi fuego
toitico lo apagas tú.
Puasé que en viniendo luego...

CAR. Sí, sí, que tu corason
es mu bueno; bien lo sé.
Déjalo por compasion.

BERN. Bien está, lo dejaré...
mas con una condision.

CAR. Y cuál es?

BERN. Que sin tardansa

él la muerte le ha e dá
ar que sifró su esperansa
en jaserme á mí pená.

CAR. No abrigues tú la vengansa.

BERN. Mia, de eso no me jable,
si no quíes verme guiyao;
su muerte es ya inevitable:
y pues que está sentensiao,
no hay perdon pa un miserable.

Escena IX.

Dichos y SIMON *en la falda del monte.*

SIM. Gente viene.

BERN. Bien venía.
Ten cudiao...

SIM. Prosupuesto.

BERN. Vete ayá dentro, arma mia,
pa que vuerva en este puesto
la noche en lugá der dia.

CAR. Pero tú irás?

BER. Al momento:
de tu lao no me espego.

CAR. Pus por mu poco me ausento;
porque no tengo sosiego
cuando no aspiro tu aliento.

Escena X.

BERNARDINO, SIMON, *á poco* JUAN.

SIM. Buenas noches, capitan.
BERN. Qué traes que estás asorao?
SIM. Por qué? ¿no estasté enterao?
BER. Ya las pagará er truan.
Er mu tonto se creyó
que porque tengo buen genio
me yamaria á convenio
queándome sin mi amó.
Hoy por ser sábao santo
ér va á servirnos de Júa;
y aquer que no le sacúa,
los sesos se los quebranto.
SIM. Ayí biene, ¿lo vorteo?
BERN. No señó; déjalo está,
que lo voy á sondeá
pa sacarle tó el enreo.
JUAN. (Los dos juntos están ayí:
tó lo sabrá me carculo;
mas vamo con disimulo
por lo que puea vení.)
BERN. Aónde fiste?
JUAN. A da un bortaso.
BERN. Y cómo está ese camino?
JUAN. Ni siquiera un golondrino
se mueve; toito está raso.
BERN. Pus... pasando á otra cuestion...

por si me siguen la pista,
y ya que tengo á la vista
los de mas satisfasion...
Si ostedes vieran yegá
un malarma con fachenda
á robarme arguna prenda
que me pudiera inquietá,
¿qué jarian en tar caso?

SIM. Yo sin sesos lo dejaba,
y er corason le arrancaba.

JUAN. Pus yo... le daba un balaso.

BERN. Y entonses, infame, dí;
¿poiqué te hisiste la cuenta
de ajustá hoy mesmo la venta
de mi Carolina aquí?
Perro!... ¿qué daño te he jecho
pa que sin mas compasion
me arranques er corason
con negras manos der pecho?
¿Porqué ha sío? dílo ya.
Vamos... ligero confiesa,
ó mando que tu cabesa
me la cuerguen de un piná.

JUAN. Yo no entiendo...

BERN. Salamero!...
¿Lo hisiste po el interé?
¿Y tú no sabes, manté,
que yo tiro los inero?
¿Poiqué fingiendo ecoro
no te yegastes á mí,
y hubieras visto, gran ví,

que te ajogaba con oro.
no me cayes, no, responde
y no me gastes emora,
que quieo sabé á la hora
que viene por eya er Conde.

JUAN. Perdon!...

(Se arrodilla y deja caer el trabuco.)

BERN. (*Lo amenaza.*) Contesta, ó por via!...
JUAN. No tires, yo lo diré.
BER. Pus al istante.
JUAN. A las dié.
BER. Jasta entonse tienes vía.
Y pa que cumpla su sino
y no jaga otra traision,
yévatelo tú, Simon,
y amárralo en aquer pino.
Y si cuando yegue er Conde,
que muy poco tardará,
vuervo la cara y no está,
tu vía es la que responde.

(Se lo lleva por el lado izquierdo.)

Escena XI.

BERNARDINO, PEPE *en el monte, los bandidos durmiendo; á poco el* CONDE.

BERN. Pocos minutos le quea
sin pagá su viyanía,
despué que jasta la vía

se la sarvé en la verea!
No esperaba yo ese fin
porque no lo he meresío;
ni debiera de haber sío
tan ingrato y tan ruin.

(Se oyen diez campanadas.)

Mas ya que quiso una plaga
mandarle á su capitan,
voy á cumplir el refran
de «amor con amor se paga.»

PEP. Un burto viene.

BERN. Por donde?

PEP. Por la erecha.

BER. No hagas na.
Las diez acaban de dá,
este sin dúa es er Conde.

(Toma el trabuco que dejó al entrar sobre un banco de piedra.)

Pus señó, mano á la obra.
Ten pruensia, corason,
ya tiés aquí la ocasion
que tú esperaba, e sobra.
Y pues que se descubrió
tó el arcano poeroso,
muéstrate mu generoso;
pero cobarde.... eso no!

COND. Eres tú?

BER. Que sí: yo soy.

(Embozado en la manta y fingiendo la voz.)

Vienusté solo?

COND. Estás loco?

Llegarán dentro de poco
los que me custodian hoy.
Con que, vamos....

BERN. *se descubre.)* Aspasito.

COND. Esta voz!... No es él! Dios mio!

BERN. Como pegusté un chiyío,
le apunto y lo dejo frito.

COND. Conmigo tan altanero!
Quién erés?

BERN. Te lo diré,
pa que aprendas á tené
partías de cabayero.

COND. A mí tratarme un ladron!....

BERN. Ese nombre á usté le pega,
que jasta mi casa yega
pa robarme el corason.

COND. Villano!

BERN. Con mas cautela
hable, ó estése mu cayao,
con aquer que es majonrao
que toa su parentela.
Porque si noble no sea,
y noble piensa vensé,
noble lo agarro yo asté,
y lo ajorco con noblesa.
Usté se yegó po aquí
pa jasé una felonía:
es disí, una tropilía,
y ar fin la debe cumplí.
¿Usté no mira aquer pino
que está de tós separao?

¿No vusté un hombre amarrao?
Pus ese es un asesino.

(Retrocede el conde.)

No juyasté, tio berrugo:
su elito lo sentenció;
y pa no mancharme yo,
usté va á ser su verdugo.

COND. Infame!...

BERN. Miste que trino!
¿No quisusté sin ecoro
robarle tó su tesoro,
y hasta el arma, á Bernardino?
¿No fué aquer su confiente,
que ya debiera estar frito?
Pus cáa uno su delito
debe pagarlo al corriente.
Y.... grasia que no mabronco
y lo rajo como un saco:
tomusté ayá ese retaco
y apuntusté pa aquer tronco.

(Le da el trabuco y le amenaza con una pistola.)

Naita á mí se me escapa:
¿no es verdá que soy mu cuco?
Ea, cojasté er trabuco
ó le alevanto la tapa.

COND. (Estoy perdido!... No hay medio!

(Lo toma.)

Tiraré por otro giro,
y los mios con el tiro

acudirán sin remedio.)

BERN. Y cuenta que si le marra
le doy gusto á estos dos deo,
y en meno que se ise un creo
le planto unas antiparra.

COND. (Perdóname, Dios eterno!
En mi estirpe tal borron!)

(Dispara hácia la izquierda.)

BERN. Tuvo buen ojo, Simon?

SIM. Ya está serca é los infierno.

(Saliendo apresurado.)

(Al ruido del tiro se levantan todos los bandidos y se agrupan al lado de Bernardino.)

Escena XII.

BERNARDINO, SIMON, *el* CONDE, PEPE *y bandidos.*

PEP. Tropa viene, capitan.

BERN. No hay mieo, que estoy yo aquí.
Muchachos, varios po ayí.

(Suben algunos por el monte y baja Pepe.)

COND. (Al fin lograré mi afan.)

BER. Pepe, cudia po aquí entro
no se cuele este señó;
y nosotros vamos tó
á salirles al encuentro.
A tomá po esa verea

y los cojemos etrá.
Fuego y fuego sin pará,
que aquí va un pecho. Jarrea!

(Vanse todos menos Pepe y el Conde.)

Escena XIII.

El Conde *y* Pepe, *despues* Cebedeo *y* Carolina.

Cond. Ya que la suerte lo quiso,
trábese el combate luego.
Hijos mios, aquí, fuego!
Pep. O se cayasté, ó le atiso.
Ceb. A qué vienen esas vose?
Pep. Que cerca tenemos tropa.
Car. Y Bernardino?
Pep. En la copa
de ese monte está con dose.

(Empieza el fuego dentro y no cesa hasta que Bernardino aparece en la falda del monte.)

Ceb. Ya comiensa er tiroteo!
Car. Josú! si estará perdío!...
Defiéndelo tú, Dios mio!
Resusté, tio Cebedeo.
Pero yo ¿qué jago aquí
tan triste y tan abatía?
Voy á sarvarle la via,
ó con ér voy á morí. (*Vase.*)

Escena XIV.

El Conde, Cebedeo, Pepe *y* Enrique.

Enr. Señor Conde, vamos mal.
Cond. Sujétame esa mujer.

(Vase Enrique detrás de Carolina.)

Pep. No será. (*Corre tras de aquel.*)
Cond. Y en tu poder,
la ocultas en un ramal.
Ceb. Muchachos!
Cond. Qué has de decir?
Ceb. Que roban á Carolina.
Cond. Calla, ó esta carabina
te lo hará hacer sin sentir.

(Coge del suelo la que soltó Juan, lo amenaza con ella y vase.)

Escena XV.

El tio Cebedeo, Bernardino, Simon *y los suyos atraviesan el monte, disparándole á algunos soldados que salen huyendo delante de ellos.*

Bern. Animo, que ya son poco!
Ceb. Probesiya! fué su sino.
En sabiendo Bernardino
que no está, se vuerve loco.

(Cesa el fuego y bajan todos al proscenio.)

BERN. Pare, nuestra es la guerriya.
Y Carolina, aónde está?

CEB. Entre er Conde y otros má
la yeban en bolandiya!

BERN. Dios mio! pegarme un tiro!
De qué sirve haber vensío?
Y Pepe?

CEB. Ayí está jerío,
dando el úrtimo suspiro.

(Señala al sitio por donde se fueron todos.)

BERN. Y yo ¿qué aspero? Simon,
sígueme con la partía.
que voy á buscá mi vía,
ó á encontrar mi perdision!

(Vase por la derecha, todos le siguen, menos el tio Cebedeo que entra en la puerta de la izquierda.)

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete adornado al gusto del dia. Puerta al foro, y dos á la izquierda; una de ellas secreta.

Escena I.

BELTRAN *y* MARGARITA.

BELT. Empiezas ya, Margarita?
todo me lo has de tachar!
MARG. ¿Y quién te manda charlar
sobre aquello que me irrita?
¿Qué te interesa que el amo
esté de amores perdido
por la mujer de un bandido?
BELT. Pues ahí es donde yo llamo.
¿No ves tú que ese desden
que ella le hace, es desigual?
Yo te digo que está mal.
MARG. Y yo digo que está bien.

Si tú estuvieras al cabo
como yo de esos amores...

BELT. Sabes tú los pormenores?

MARG. Toditos, de punta á rabo.
Sé tambien por qué su afan
tanto á quererla le incita.

BELT. Pues dímelo, Margarita.

MARG. Es imposible, Beltran.
¿No adviertes que es un secreto
que yo con sagacidad
oí por casualidad,
cuando el conde en cierto aprieto
á Enrique lo declaró?
Debo de callarlo ufana;
que sería una villana
si lo publicase yo.
Y además, que no eres tú
capaz de guardar...

BELT. Mujer!...
te iria á comprometer?
Cállate por Belcebú!
¿Si no tuviera reserva...
de oirte estoy iracundo!
no supiera todo el mundo
lo que este pecho conserva?
¿Lo que pasa entre los dos
qué persona lo ha sabido?
Bien sabes que no ha salido
de entre nosotros y Dios.

MARG. Ya lo sé: pero ese afan...
si tú callaras!...

BELT. (Maldita!)
Te lo juro, Margarita.
MARG. Pues oye atento, Beltran.
Habrá como tres semanas
que el conde en su carreton
se marchó, con intencion
de visitar sus hermanas.
Apenas habia llegado
á la mitad del camino,
le acometió un asesino
de varios acompañado.
Los pícaros le bajaron
del coche con crueldad:
y sin usar de piedad,
á un árbol lo maniataron.
Le quitaron el dinero,
las alhajas... en fin, todo:
pero al verlo de aquel modo
la mujer de un bandolero,
de su cuita se dolió:
los bandidos se tendieron,
y así que se adormecieron
ella fué y lo desató.
Dejólo seguir su huella
movida de compasion;
y el amo, al ver tal accion,
se prendó de la doncella.
Vino de regreso aquí;
á Enrique contó el desman,
y forjaron cierto plan
para sacarla de allí.

Lo demás lo sabes ya.
Que el conde anoche salió,
que esta mañana volvió,
y que la niña ahí está.

BELT. Jesus, Jesus, qué osadía!
Y quién te contó el suceso?

MARG. Hombre, que preguntes eso?
Su habitacion á la mia...

BELT. Es verdad; no me acordaba
que están contiguas las dos.

MARG. Pero cuidado por Dios!...
si supiera... me mataba.
Él muy poco necesita,
porque sus cinco no están ..
Con que silencio, Beltran.

BELT. Punto en boca, Margarita.

Escena II.

Dichos y el CONDE.

COND. Qué haceis vosotros aquí?
Necesito soledad.

MARG. Vinimos...

BELT. Señor...

COND. Marchad:
pocas réplicas á mí.

MARG. (Vaya un gesto de Neron!
No, pues si yo declarára...)

BELT. (Válgame Dios y qué cara!
Si descubro el pastelon...)

Escena III.

El CONDE, *despues* ENRIQUE.

COND. Ya estoy solo: los criados
están bien lejos de aquí:
consagraré para mí
momentos tan deseados.
Cuatro años he sufrido
sin la prenda que adoré,
y todo cuanto anhelé
en el mundo, lo he perdido.
Sí, sí; murió por mi mal
antes que al fin consiguiera
que presentado la hubiera
en el tálamo nupcial.
Infeliz, cuánto penó!
Jamás hallaba placeres,
y entre todas las mujeres
ella fué la que sufrió.
No te olvidaré, María;
mas perdóname te ruego
si de amores estoy ciego
por otra que no debia.
Esta pasion me domina;
el sufrimiento me irrita,
y mi corazon palpita

solo por tí, Carolina.
Se cumplió todo mi anhelo:
sí, mujer, ahora verás
que para siempre serás
mi único bien, mi consuelo.
Yo haré que tus esquiveces
se truequen y tu desden;
y he de pagarte tambien
como tú te lo mereces.
Todo un conde se ha humillado
ofreciéndote su amparo,
y tú con firme descaro,
ingrata, le has despreciado.
Te ha prometido grandezas;
oro á tus pies derramó,
y tu orgullo desechó
sus amores y riquezas.
Bien: veremos este dia
si eres otra, vive Cristo!
cuando por fin hayas visto
que ya tu persona es mia.
Has de aplacarme este ardor;
mi pasion has de calmar;
á mí te habrás de entregar,
ó has de morir por mi amor.
Enrique? Enrique?

ENR. *saliendo.*) Señor!

COND. Traeme presto esa mujer:
luego te puedes volver,

(Abre Enrique la puerta secreta, saca á Carolina de allí y se marcha.)

que á solas estoy mejor.
Yo haré con mis crueldades,
que tú pongas el olvido
en ese infame bandido
autor de tantas maldades.

Escena IV.

El Conde *y* Carolina.

Car. Ay! dónde estás, Bernardino?
Dónde te ocurtas, bien mio?
Cond. Desecha ese desvarío
y escúchame, que es tu sino.
Car. Dejemusté que lo yame!
Quío que me saque ese cielo
de este triste y negro suelo
donde usté esiste, so infame!
Cond. Tu pesar no se redoble;
cálmate por vida mia;
y modera tu osadía
que tratas hoy con un noble.
Car. Cayusté, cayesusté...
que se me va la cabesa.
¿Manda quisá la noblesa
que se robe á una mujé?
Noble usté? Nunca lo ha sío!
No meresusté ese nombre;
que sus partías de hombre
no las hase ni un judío.

Se tendrasté porque é
un honrao cabayero;
cuando vale un bandolero
dies mir vese mas que usté.
¿Ese es er pago que debo
meresé de su eselencia,
dempué que toa su esistencia
la tienusté por mi ruego?
No se arrimusté pa mí;
que soy capá en mi furó,
de quitarle á usté, señó,
la vía que yo le dí.

COND. Qué consigues con estar
insultándome á tu antojo?
Alcanzar solo el enojo
de quien te puede adorar.
Yo te prometo riquezas;
cambiar de nuevo tu estado,
y no hallarás á mi lado
mas que placer y grandezas.

CAR. No señó, si no las quiero;
guardusté tó sus plasere,
que no soy de las mujere
que se compran con dinero.

COND. Si no es comprarte, bien mio;
no lo tomes á baldon:
es darte mi corazon,
y mi vida y mi albedrío.
No con esto yo he querido
ofrecer por tu hermosura;
sí, fomentar tu ventura

sacándote de un bandido.
Comprendes lo que te digo?
Mis títulos obtendrás,
y si me amas, verás
siempre el cariño conmigo.
La servidumbre que aquí...

CAR. Yo títulos!... yo fortuna!...
En er mundo quise una,
y esa ya la conseguí.
Si era mala, fué mi sino
y no me pesa, lo sé;
mientras esista querré
con el arma á Bernardino.
Porque aunque es un bandolero
y yo sea su jembra ahora,
tengo yo mas é señora
que usté tiene e cabayero.

COND. Calla, que no hay tolerancia
para poderte escuchar:
yo sabré presto bajar
con muy poco tu arrogancia.
Verás dentro de un instante
si soy ó no poderoso,
y el final tan desastroso
que tendrá tu necio amante.

CAR. En ér se vasté á vengá
pa vé si con eso arcansa?...
Es mu durse la vengansa...
digalusté, no es verdá?
Vaya una güena partía!
Escríbalasté en su historia,

pa que siempre la memoria
esista e su viyanía.

COND. No sufro mas, morirá.

CAR. Eso es lo que usté quisiera.
Pero si él po aquí viniera,
á su lao no erasté ná.
Y por fin se concluyó:
ya dije mi pensamiento:
pa usté el aborrecimiento,
y pa mi dueño el amó.

COND. Pues bien, vete al aposento
que te tengo destinado;
pero no olvides ¡cuidado!
tu ingrato comportamiento.
Ya que has sido tan tirana,
lo mismo me he de mostrar.
Hoy tienes para pensar,
quizá sea tarde mañana.

CAR. Yo no temo; lo que sé,
que como ér venga por mí,
no doy un maraveí
por su peyejo de usté.

(Vase por la puerta secreta y el Conde la cierra por fuera.)

Escena V.

El Conde, *á poco* Enrique.

Cond. Tanto insulto, vive Dios!
¿Qué se dijera de mí?
Pero verémos aquí
quién puede mas de los dos.
Si toda tu altanería
cebas en mí con furor,
sabrá atropellar mi amor
por tu desden y osadía.
Sí, en tu amante emplearé
mi furia sin mas tardanza;
y en vez de usar la templanza
de la crueldad usaré.
Enr. *sale.*) Señor, ahí os buscan dos,
al parecer altaneros,
y dicen que quieren veros.
Cond. Los conoces?
Enr. No, por Dios!
Cond. Que entren, y estate alerta.
Enr. Contad, señor, con mi brazo.
Cond. Por si me tienden un lazo
no te alejes de la puerta.

Escena VI.

El Conde.

Será acaso el bandolero?
Mucho me da que pensar:
mas no puede él penetrar
en casa de un caballero.
Porque si tal intencion
tuviera y aquí llegara,
nadie mi furor templara
castigando su traicion.
No se calmará mi afan
hasta no tomar venganza;
y tengo tal esperanza...
Mas, calla.... quienes serán?...

Escena VII.

El Conde, Bernardino *y* Simon *encapados.*

Sim. Buenas noche.
Bern. Aquí estoy yo.
Cond. Tú, villano?
Bern. Yo, cabá.

(Sueltan las capas.)

Sasustasté, camará?
Cond. No conozco el miedo, no:

solo me deja pasmado
que, siendo infame bandido,
osadía hayas tenido
para hasta aquí haber llegado.

BERN. Poquito á poco usté jable
y midiendo las palabra,
antes que mi boca abra
y me trague al miserable.
No porque tengasté usía
y ora esté en su habitasion,
tratasté con un laron
de menos categoría.
Aprendasté á distinguí;
y arrepare en consecuensia,
toitica la diferensia
que va de un pícaro á mí.

COND. Tal ultraje!....

BERN. Y con rason.
Ahora me vasté á escuchá
que tengo mucho que ablá:
vete á la puerta Simon, (*Se aleja.*)
y si arguno é los criao
por entrá aquí se resiste
y con arrogancia embiste,
lo tiendes, que no hay cudiao.

COND. Qué intentas hacer? Responde!...

BERN. Mucha cachasa y pruensia.
Toma asiento, y con pasensia
escúchame un rato, Conde.
Er señorío acabó:
atiende sin replicá,

que tan solo voy á hablá
con un hombre como yo.

COND. Me igualas á tí, insolente?

BERN. Tu orguyo no se redoble:
lo que tú tengas e noble
á mí me sobra e valiente.
Con que ya estamos iguale
como Dios nos jiso y semo:
si tú te enfaas, veremo
cual de los dos es quien vale.
Oyeme, que á prensipiá
voy ar punto mi orasion,
pa que veas tu traision
lo que me jase pená.
Te voy á contá mi vía
y á enterarte der queré
que le tengo á la mujé
que usurpó tu alevosía.
Yo no sé donde nasí;
no probé er cariño é mare;
no sé quien ha sio mi pare,
porque chico lo perdí.
Los probes me abandonaron....
acaso yo le estorbaba
y apenas medio jablaba,
á un buen puró me entregaron.
Este, con gran regosijo
me arrecogió con plasé,
y seguimos como vé;
ér mi pare y yo su hijo.
No habia cumplío dies año,

y tuve la inclinasion
de yevá siempre un doblon
en mi borsa, no es estraño.
Salí un dia por dinero
ar campo entre los matise,
y el primer robo que jise
fué á un franchute relojero.
Le fuí tomando gustiyo
ar sonío e los parnese,
y me dió en bastantes mese
por limpiá muchos borsiyo.
Llegué á dies y siete abrile,
y era tanto mi poé,
que no me asombraba e vé
ni un regimiento e fusile.
Paseando una mañana,
en un cortijo me entré,
donde vide á una mujé
divina como galana.
En deje aquer mesmo istante
me jiso el amó cosquiya,
y tambien á la chiquiya
se le muó su semblante.
Trabamos conversasion;
parola que me encantaba:
y me contó que ayí estaba
recogía por compasion.
Ar punto sin mas ecoro
en mi tordo la senté,
y en mi casa eposité
aquer dia ese tesoro.

Seguí siendo bandolero
pa poerla ir conservando,
y ajunté bajo mi mando
vinticuatro compañero:
hombres tóos de corason;
capá é venderme, nenguno;
y tan solamente uno
fué er que me jiso traision.
Ese yevó su castigo,
pues su muerte te es notoria:
pero dejemo su historia,
y vamos á lo que digo.
Yo he venío sin sosiego
y con er pecho quemao,
pa que me des ar contao
la mujé que á sangre y fuego
sacaste tú e mi casa
sin motivo y sin recato;
y no te pares ni un rato
que ya el arma se me abrasa.
Dámela sin replicá
que mi furia no se para,
ó no te dejo ni aun cara
pa que te pueas santiguá.

COND. Pues bien, sabrás la verdad:
al sacarla del camino
uno de los tuyos vino,
y con sobrada ansiedad
de mis manos la usurpó.
Metióse en una emboscada
con la infeliz desmayada....

BERN. Y qué?...
COND. Desapareció.
BERN. Farso conde: eso es mentira.
COND. Eso dices?
BERN. Eso digo.
Mia que la pego contigo,
porque me ajoga la ira.
Díme donde está, ligero,
que se me najó er sentío,
y hay tiempo no estás tendío
porque soy muy cabayero.
Dímelo pronto.
COND. No sé.
BERN. Josú! er coraje me siega!
Miserable! me la niega?
Pus bien, yo la buscaré.
Hola! Asércate, Simon.
Ya verás si me doy trasa:
voy á registrá tu casa
jasta el úrtimo rincon.
COND. Vas á atropellar mi estancia?
Advierte que mi hidalguía...
BERN. ¿No avasayaste la mia
con toitica tu arrogansia?
Pus entonse ¿á quién te queja?
Caya y oculta tu enojo,
porque van á ver mis ojo
jasta los güeco e las teja.
Ya verás con la cautela
que registro tu mansion:
tú, mientras tanto, Simon,

te queas e sentinela.
Y si la yego á encontrá
sin daño arguno causao,
mia tú si yo soy honrao
que te voy á perdoná.

Escena VIII.

Dichos y BELTRAN.

BELT. Señor... (Jesus, el bandido!)
BERN. Arrímesusté, buen viejo.
BELT. (Ay, pobre de mi pellejo!)
Pero... por Dios... yo le pido...
BERN. Na de súplicas ni mieo.
BELT. Entonces, qué culpa tengo?...
BERN. Lo único que le prevengo
en que me deje e mareo,
Usté va á servirme e guia:
es disí, que por delante
vasté á venirse al istante
á enseñarme esta guaría.
Y si un menuto siquiera
se tarda en jaserlo así,
las tripas que están aquí

(Mostrándole una de las pistolas que trae prendidas á la canana.)

se las vasté á tragá entera.
BELT. Al momento, sí...
COND. Beltran!

BELT. Señor...

BERN. Silensio! andusté.
El amo ya no es aqué:
ahora es usté mi adecan.
Y si tan solo una piesa
se le orvía y no me enseña,
lo agarro asté por las greña
y le corto la cabesa. (*Vanse.*)

Escena IX.

El CONDE *y* SIMON.

COND. Estoy soñando ó despierto?
Cielo santo! qué me pasa?
¡Cual si fuera algun desierto
hoy se atropella mi casa!
¿Y he de sufrir con templanza
semejante villanía?
Ah! nó! Tanta alevosía
no quedará sin venganza.
Escúchame tú, bandido,
ó buen hombre si lo fueres;
déjame salir te pido,
y obtendrás cuanto quisieres.
Oro, alhajas, un indulto...
Que he de tomar por mi mano
la venganza del insulto
que me ha hecho ese villano.

SIM. Usté me engaña.

COND. No, no!
SIM. Dejusté que venga é
que sabe argo mas que yo,
pa tomarle paresé.
COND. Serás un hombre opulento;
te quitas de bandolero...
SIM. Yo estoy así mas contento
sin cudiao y sin dinero.
Vaya!... vaya!... A lo que entiendo,
me camelasté comprá.
Hombe, si yo no me vendo.
Vargo yo mucho, camará.
Y si acaso alguna vé
me pusiera en arquilona,
ineros no tiene usté
con que pagá esta presona.
COND. Pide.
SIM. Yo...
COND. No desesperes;
tu corazon no es de roca:
pídeme cuanto quisieres.
SIM. Que se cayusté la boca.
COND. Yo callar!...
SIM. Sin mas resaca.
COND. He de gritar, que mi rango...
SIM. Y yo con esta matraca

(Presentándole el trabuco con mucha calma.)

le jarmo asté aqui un fandango.
Con que, tengasté pasensia;
porque aunque soy una marva,

le pongo á usté la consensia
onde está el lusero elarba.

Escena X.

Dichos BERNARDINO *y* BELTRAN.

BERN. (Qué es esto que por mí pasa?
Valerme, sielos ivino!)
Díme tú, viejo laino,
no hay mas piesas en la casa?
BELT. No señor.
BERN. Pues, vete ya.
BELT. (Fortuna, séme propicia;
daré parte á la justicia
que de mucho me valdrá.) (*Vase.*)
COND. ¿Estás convencido, dí,
que no encierra mi morada
á tu Carolina amada?
BERN. No señó, vuervo á disí.
Osté la tendrá escondía
en argun sitio secreto,
cuando se quea tan quieto
con esa cara judía.
Pero ya, qué mas aspero?
Tú me la quitaste, estamo?
pus á tí te la reclamo;
con que dámela ligero.
No quieo mas esplicasion:
ó me la entregas astuto,
ó te planto en dos menuto

camino e la sarvasion.

COND. Pues bien, escucha, insensato.
El decírtelo me pesa;
mas al llevarme la presa
descargaron sin recato
una bala sobre mí;
pero tan mal acertó,
que á tu amada le cogió.
Yo mismo espirar la ví.

BERN. Dios mio! cáyate ya.
Eya morí tan divina!
¡Tú asesiná, Carolina,
y yo con via... No má!

(Quiere suicidarse y se lo impide Simon.)

SIM. Capitan, qué vasté hasé?

BERN. Quita! Déjame, Simon.
Vine por mi corason,
y ya ves lo que encontré.
Pa qué me sirve la via?
Déjame morí de un vuelo,
que voy á ve si en er sielo
encuentro la prenda mia.
Mir veses me lo contó:
«cuando muera, Bernardino,
en ese sielo divino
hay dos sitios pa los dó.»
Ya que por su mala estreya
er suyo yegó á ocupá,
déjame, que voy ayá
á sentarme junto á eya.

SIM. Pero usté se lo ha creío?

(Murmullo dentro; cada vez mas cerca.)

Su muerte no es verdaera...
Mas, silensio; en la escalera
paese que se oye ruío.

(Se acerca á la puerta y vuelve.)

Lo dicho: no lo ije yo?
ya nos cogieron la veta.
Lo menos dies bayoneta

(Se oyen pasos en la escalera.)

he visto: tó se perdió!

CAR. *dent.*) Abrirme, que ya este ensierro
no lo pueo soportá.

BERN. Ay, Vírgen santa! aquí está.
Dame la yave, gran perro! (*Al Conde.*)

SIM. Nos perdimos, capitan.

BERN. Quíes cayá? ya la encontré.

SIM. Otra cosa hemos de vé,
que los sordao aquí están.

BERN. No hay mieo, que una senteya
seré por la prenda mia.

SIM. Vamos á librá la via,
que ya vendrémos por eya.

BERN. Es verdá; tienes rason.
Mal hombre, vente pa acá:
contigo me viá librá.

Escena XI.

Dichos, ENRIQUE *y varios soldados.*

(Bernardino tiene al conde cogido por un brazo amenazándole con la pistola; la tropa al verlo retrocede.)

ENR. Villanos, daos á prision.
BERN. No quiero; y así responde
quien nunca supo temé.
Al que se aserque, á los pié
le planto defunto al conde.
COND. (Vive Cristo, qué osadía!)
BERN. Con que, tó er mundo cayao;
echarse pa el otro lao
y dejarme la franquía.

(A una señal de Enrique se aparta la tropa hácia la derecha dejando franca la salida.)

Naide me siga er camino;
porque si un burto diviso,
en un santiamen le atiso
y lo mando á su destino.
Estamo? Pos anda tú (*A Simon.*)
elante y abriendo corro.
Vente conmigo, abejorro. (*Al conde.*)
Señores, haya salú. (*A todos.*)

(Vase por el fondo llevándose al conde cogido por el cuello del frac y amenazándole con una pistola.)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

(Casa pobre.)

Escena I.

El Tio Cebedeo.

Ceb. No hay consuelo á mi aflision.
Bernardino, probesiyo!
Quisás esté yeno e griyo
y metío en una prision.
Hijo de mi corason....
¡cuánta pena me estás dando!
Pu si tú sigues penando
y tu fin es er morí,
yo pasaré siempre aquí
mis tristes dias yorando!
La sombra negra te sigue
desde la cuna y te acosa,
y la traision horrorosa
tamié á la pá te presigue.
No hay quién mi doló mitigue...

Pu si aquí se presentára,
y á peírmelo yegára
aquer que me lo entregó,
no me encuentro con való
pa disirle donde para.
Como un hijo lo crié
mu cariñoso y prolijo,
y mas que si fuera un hijo
en mi Bernardo adoré.
Siempre, siempre yoraré
mientras viva su mal sino.
Ay! mardito sea er camino,
y mardito sea er dinero!
Quién te metió á bandolero?
Quién te metió, Bernardino?
No te valió aquer consejo
que te daba e corason,
ni tampoco la rason
y la esperensia de un viejo?
Bien te isía que no lejo
estaba tu fin dañino:
ya se cumplió tu estino
pa asombro der mundo entero.
Quién te metió á bandolero?
Quién te metió, Bernardino?
Quién fué aquer mar corason
que siego po el interé,
de tí se quiso valé
pa labrá tu perdision?
Dímelo por compasion:
que aunque el aliento me farte,

yo diré á cuarquiera parte,
manque sea ar fin de España,
pa arrancarle la sentraña
y así vengarme y vengarte.
Pero qué digo? Dios mio!...
perdónalo y no me escuche,
que tóo lo que yo esembuche
es no mas que un esvarío.
De aentro á ér le ha salío
el andá po esos camino;
robó sin ser asesino;
y pues tal fué su elito,
te pio firme y contrito
que liberte á Bernardino.
Tú que desde las altura
viniste al mundo á sufrí,
á paeser y á morí
por toas las criatura,
no lo ejes sin ventura
por los tres clavos ivino:
sácalo en bien de este espino:
échale tu bendicion.
Perdon, Dios mio, perdon!
Perdon pa mi Bernardino!

Escena II.

El mismo, ENRIQUE *y soldados.*

CEB. Yaman? Si será... Veré... (*Abre.*)
ENR. Daos preso.
CEB. Por qué rason?
ENR. Registrad la habitacion.
(A los soldados que obedecen.)
CEB. Pero...
ENR. Calle!
CEB. Cayaré.
ENR. El que haya, aseguradlo.
CEB. Si estoy solo, cabayero.
ENR. Que se calle el marrullero.
CEB. Eso no es justicia.
ENR. Atadlo.
CEB. Qué delito he cometío?
ENR. El de ser encubridor.
Dónde se oculta el traidor?
CEB. Pero señó, quién ha sío?
ENR. Bernardino.
CEB. No está preso?
ENR. El infame se escapó.
CEB. Pus entònse, aquí estoy yo.
ENR. A mí no me importa eso.
Y el Conde?
CEB. Yo no lo sé.
ENR. Pues con él no ha parecido?
CEB. Quién?

ENR. El Conde y el bandido.
CEB. Yo no he visto á sumersé.
ENR. Lo niegas, dí, no es verdad?
Pues camina por delante:
vas á pagar al instante
su inesperada maldad.
CEB. Vamos, no me importa ná
la vengansa de un usía;
que yo doy jasta la vía
porque ér tenga libertá.

Mutacion.—Gabinete amueblado al gusto del dia.

Escena III.

MARGARITA *y* BELTRAN.

MARG. Qué bandido mas herético!
Vaya un enredo diabólico!
Entrar aquí muy patético,
y marcharse por el pórtico
con el amo!
BELT. Si es un bárbaro!
Yo vine á cierto propósito,
y me asió el alma de cántaro
para que fuera su acólito.
Registró todo este círculo
despidiéndome el estólido.
Yo le hacía en un patíbulo
apagar su furor hórrido.
MARG. Y quién espera de un rústico,
cuando está del todo enfático,

sino un modo infame, impúdico?

BELT. La verdad, me dejó estático.
Como lo tuve tan próximo,
me mostré á todo solícito.
No creyera que ese prójimo
pisára un lugar tan lícito!
Al amo llevóse,
y con bizarría
su vida este dia
asi libertó.
Dejónos pasmados;
y Enrique, atrevido,
detrás del bandido
heróico salió.
No sé que opinar...
Se fué tan resuelto...

MARG. El pobre no ha vuelto.

BELT. Y el amo está aquí...
Me da que pensar.
Jóven, inesperto...

MARG. Sospechas que ha muerto?

BELT. Presumo que sí.

MARG. ¿Y has visto, Beltran,
las penas del amo,
al necio reclàmo
de estotra mujer,
cómo se le han ido
sin saber por dónde,
y está nuestro Conde
lleno de placer?

BELT. Oh! sí, varias veces

se lo he reparado:
está enamorado
de tanto candor.
Pues no olvidarás
que entre los mortales,
los mas graves males
los vence el amor.
Como hay cuatro años
que á la tal señora
le llegó su hora
del mundo dejar,
él ha meditado
lo que es el vivir,
y el irse á morir
no está regular.
Digo... me parece.
Yo lo mismo hiciera:
muérase quien quiera,
que yo así estoy bien.
No anhelo morirme...
No, por san Alejo,
aunque sea mas viejo
que Matusalen.
Mas, calla!... aquí sale
nuestra ama futura:
tan grande tristura
no puedo mirar.

MARG. Pues vámonos presto,
que tanto sufrir
me hará que sentir.

BELT. Y á mí que llorar.

Pero sin tardanza...
como de rechazo...
me das un abrazo
y calmas mi afan.

MARG. No pienses en eso.

BELT. Enojos?...

MARG. Me irrita...

BELT. Que nó, Margarita?

MARG. Mas tarde, Beltran. (*Vanse.*)

Escena IV.

CAROLINA.

A qué esperas ya, fortuna?
No te cansas otavía?
Pa tener tan poca vía,
mejor no quiero nenguna.
Ya que pa siempre se esuna
de mi lao er de mi amó,
es mas duro y es mejó
que se acabe mi esistensia,
porque no tengo pasensia
pa sufrí tanto doló.
Quién se lo hubiera pensao
cuando ar pícaro esaté
y en libertá lo dejé
pa que no fuera esgrasiao!
Tan viyano se ha mostrao
y con tan mal corason,
que pretende sin rason

comprarme pa que lo quiera.
Ay! si e sus manos viniera,
no quiero la sarvasion!
Yo dejá po er dinero,
por títulos y noblesa
que me ofrese con vilesa
un laino cabayero,
er queré de un bandolero
que me adora mas que ná!
Yo, que he sío tan honrá,
despresiarlo po un señó!
No! primero antes que tó,
me dejaba asesiná!
Esto hoy los nobles son,
y su orguyo y su hidarguía
pagan las buenas partía
con una infame traision.
La dan de buen corason,
cuando emplean su fieresa
en cometé una vilesa.
Ay mundo!... qué malo va!...
¿Aónde er prójimo está?
¿Aónde está la noblesa?
No se ven mas que tirano
que tó lo quién por su oro,
creyendo que es un tesoro
sus pensamientos viyano.
No hay hermano pa el hermano
sobre la tierra... no hay ná;
no hay pa el probe cariá,
sino perrás y traisiones,

y queré los corasones
como á los negros comprá.
Esto es viví, cielo santo?
Cielo santo, esto es viví?
Díme de una ves que sí,
y concluye mi quebranto.
Que si no sirve mi yanto
para apagar tus enojos,
yo me yenaré de abrojos
er pecho y er corason,
y hasta no arcansá perdon
no se secarán mis ojos.
Sácame, Vígen María,
de estas paeres marvá,
que no pueo soportá
tan pérfia alevosía.
Yévame presto este dia
á donde fuere mi sino;
que yo encontraré camino
alumbrá por mi rason,
pa buscá sin etension
los braso e mi Bernardino.

Escena V.

CAROLINA *y el* CONDE.

CAR. Vuervusté ahora, señó,
pa aumentá mas mi quebranto?
No le duele el triste yanto
que me martirisa?

COND. No.
Vengo por última vez
á renovar mi pasion;
á consolar tu afliccion,
y á moderar tu altivez.
Vengo amante receloso
á ofrecerte libertad,
y vengo con ansiedad
á devolverte el reposo.
En tí fundo mi esperanza;
en tí tambien mi ruina;
elige, pues, Carolina,
ó mi amor, ó mi venganza.
Si logras al fin mi mal
despreciando á quien te adora,
sin la mas leve demora
te presento á un tribunal.

CAR. Me disusté eso e vera?

COND. Por la fe de caballero.
Quiéreme y verás...

CAR. Primero
muerta, que yo lo quisiera.
Entreguemusté con vía
en manos de un tribuná,
que yo sabré publicá
toiticas sus picardía.
En toos mis esconsuelo
fundarasté su elisia;
pero aun quea otra justisia
que nos mira dende er sielo.
Esa con leartá sentensia

al noble y al esdichao:
como castiga al marvao
favorese la inosensia.

COND. Calla, calla: tu espresion
hiere en mi pecho fatal,
y vas á causar mi mal:
sí, sí, mi condenacion.
Yo no espero mas ventura
que ser dueño de tu amor,
y mi deseo es mayor
al contemplar tu hermosura.
Tú me has hecho abandonar
de mi esposa la memoria,
y tu belleza ilusoria
no me deja sosegar.
Por tí la calma he perdido;
me matas con tu virtud,
y ya no tengo quietud
desde que te he conocido.
Ah! ten de mí compasion;
usa conmigo piedad:
tú eres la sola deidad
que adora mi corazon.

CAR. Pero, señó, escuchusté
lo que le voy á disí
pa que aprenda á distinguí.
Ha querío arguna vé?
¿Jamás tuvo una ilusion
que le embargara er sentío,
ni nunca con desvarío
abrigó arguna pasion?

COND. Una, sí, y esa murió:
una no mas, Carolina;
y por labrar mi ruina
el cielo se la llevó.
Mira si es tal mi tristura,
que hasta mi hijo he perdido
y me encuentro sumergido
en la mayor desventura.
¿Conoces ya mi pesar
y mi dolor tan profundo?
Pues tan solo en este mundo
tú me lo puedes calmar.
Olvida, olvida ese amante
que te cubre de maldad:
olvídalo por piedad.

CAR. No puo haserlo ni un istante.

Escena VI.

Los mismos y BELTRAN.

BELT. Esta carta, mi señor,
os envian de Granada.

COND. De quién será esta embajada?
Leamos, que es lo mejor.

(*Lee.*) «Querido Pedro: á la misericordia de Dios y á una mano bienhechora, debo la existencia y el placer de estrecharte entre mis brazos dentro de pocos dias. Las execrables noticias que te dió de mi muerte don Hilario, tu falso amigo, ya lo ves, eran supuestas: me ha tenido cuatro años encerrada, visitándome todos los dias con la vil intencion de seducirme; y al ver que ni con ruegos ni amenazas podia llenar el hueco de sus ideas, antes de ayer

tomó la determinacion de asesinarme; y en un coche cerrado me llevó al camino, en union de tres criados y cómplices suyos: me vi maniatada y á las puertas de la muerte. Pero el cielo, que nunca desampara á los inocentes, envió un hombre por aquellos sitios escabrosos, el cual con demasiada energía tendió á mis pies al infame; sacándome de sus garras sin el menor daño. Subióme en el coche y me acompañó hasta la misma ciudad. Quise regalarle varias alhajas de bastante valor, y no permitió tomar mas obsequio que el único pañuelo que me habia quedado con tus armas. Mi protector y salvador es, por su desgracia, bandolero: su nombre Bernardino. Te lo mando á decir, por si antes de vernos llega á caer en manos de la justicia, intercedas hasta ponerlo en libertad, como hizo su heroicidad en el bosque con tu inolvidable esposa *María*.»

CAR. Aprendasté aquí, señó;
aprendasté aquí ligero
de un hombre que es bandolero,
á portáse con honó.

COND. Ah! sí, estoy avergonzado;
pero merezco perdon,
que jamás con tal borron
pudiera quedar manchado.
Yo su vida salvaré;
y pagando su heroismo,
libre quedarás hoy mismo,
y en sus brazos te pondré.

Escena VII.

Dichos y ENRIQUE.

ENR. Somos perdidos, señor.

Aquí venimos de huida,
seguidos de la partida
que mandaba ese traidor.

COND. Cómo!

ENR. Que muy cerca están;
pero ya quedais vengado,
porque dejo traspasado
al inicuo capitan.

COND. Qué has hecho!

ENR. Con mi deber
y con el vuestro he cumplido:
quitar de enmedio un bandido
que nos quiso acometer.

CAR. Ay, Dios mio! (*Cae desmayada.*)

COND. Y dónde está?

ENR. A unas dos leguas de aquí.

COND. Llévame, llévame allí,
que quiero verle: quizá
podré curar su dolor;
pagarle su heroicidad,
y ponerlo en libertad
con la ayuda del señor. (*Vanse.*)

Escena VIII.

BELTRAN, CAROLINA *y á poco* MARGARITA.

BELT. Si entiendo esta barahunda
que me desuelle Luzbel.
Ha poco salió tras él,
y ahora en librarlo se funda

tan solo por un papel.
No tiene todas consigo,
y me da que sospechar.
La venganza abandonar,
y querer á su enemigo
sin demora libertar!...
De comprenderlo no acabo:
cuando el pobre queda yerto,
ampararlo; refran cierto:
«ir á ponerle en el rabo
la cebada al asno muerto.»

MARG. Qué tiene esta pobrecita?
acaece otro desman?
Dímelo presto, Beltran.

BELT. Qué ha de tener, Margarita?
No lo adivinas?

MARG. No infiero...
Algun veneno?

BELT. Si es mas.

MARG. Pues dímelo: acabarás?

BELT. Que han matado al bandolero.

MARG. Qué dices!

BELT. Lo que me han dicho.

MARG. Quién ha sido?

BELT. El tal Enrique.

MARG. Ay Jesus! ¡Y ella está á pique
de morir por su capricho!
Estará el amo contento.

BELT. No lo creas.

MARG. Cómo no?

BELT. Como que le he visto yo

ir á aliviar su tormento.

MARG. Es posible!

BELT. Decidido.
Por qué, adivinar no puedo:
y de cierto, en este enredo
el demonio está metido.

MARG. Calla! que ya vuelve en sí.

CAR. Ay!...

MARG. Lástima me da.

CAR. Bernardino, aónde está?
Ha muerto... muerto por mí!...

BELT. Le acomete esa memoria.
Vaya una desgracia pronta!

MARG. Yo... la verdad... estoy tonta;
si esto parece una historia.

CAR. Déjame ya, cruel delirio!
¿Quién te lo habia e isí
que por sacarme de aquí
pasaras tanto martirio?
¿Y ese sielo que nos mira,
que murieras consintió?
Dí, Bernardino?... No, no...
Farsa es tu muerte, mentira!
Tus elitos no son tales
pa meresé ese castigo,
ni tuvistes enemigo,
mas que desdichas y males.
Siempre fué tu corason
compasivo pa los pobre,
y ni por plata ni cobre
jisistes una traision.

Siempre fistes esgrasiao;
las penas en tí se hayaron:
jasta tus pares te ejaron
y viviste abandonao.
Y por úrtimo, la muerte
en tí se vino á empleá,
pa que se acabe e cormá
tan mala y tan negra suerte.
Pa mi daño no respira...
Yévame presto aonde esté,
que ya ar fin yego á creé
que su muerte no es mentira.

MARG. Las lágrimas sin cesar
se me saltan de los ojos.

BELT. Yo no puedo sus enojos
escucharlos sin llorar.

CAR. Quién me escucha?

BELT. Señorita,
humildes nosotros dos...

MARG. (Beltran, no digas por Dios...)

BELT. (Que me dejes, Margarita!)
Somos del conde...

CAR. Silensio!

BELT. Cálmese, pues, vuestro afan;
que aunque me llame Beltran,
tambien me dicen Prudencio.
No he de nombrarle mas yo
si el escucharlo os arredra:
mudo seré como piedra;
no quiero afligiros, no.

CAR. Mírame tú desde er sielo

tan contristá, Bernardino,
y píeme dé consuelo,
sacándome de este suelo
pa tomá er mesmo camino.
Yo quiero dirme contigo;
yo no quiero vivir má;
á tu lao me quió sentá,
pa juí del enemigo
que te jiso asesiná.
Píele, píele á Dió
se acuerde de la mujé
que te adoraba con fé:
dí que nos junte á los dó,
y concluya mi paesé.
No despresies la palabra
que brota mi corason:
sácame de esta mansion,
que viviendo aquí, se labra
mi eterna condenasion.

Escena IX.

Dichos y el Conde.

Cond. Habrá mayor desventura!
Car. Y mi dueño?
Cond. No le he visto:
ni me dejan ¡vive Cristo!
atravesar la espesura.
Los suyos están furiosos,
la sangre corre á torrentes,

y los mios impacientes
se dispersan bulliciosos.
Huyendo van sin reparo;
míralos, ya están aquí.

CAR. Sielo, qué será de mí!

COND. No temas, que yo te amparo.

Escena X.

Dichos, ENRIQUE, *el tio* CEBEDEO *y soldados.*

CAR. Dios mio! ya no pueo ma.
Qué miro! Tio Cebedeo!
ya no existe mi recreo! (*Se desmaya.*)

CEB. Várgame la Treniá!

COND. Qué es esto? (*A Enrique.*)

ENR. El encubridor
de esa gente abominable.
Un vejete miserable
que allí se hallába, señor.

COND. Tu penar pues se mitigue.
Quién eres?

CEB. Señó, yo he sío
er que de pare ha servío
al hombre que usté presigue.

COND. Y quiénes sus padres fueron?

CEB. No lo sé quién lo seria.
Era chico cuando un dia
al campo me lo trujeron.

COND. Qué dices? ¿Con que ese es
de un triste padre el cariño?

¿Y al entregarte ese niño,
qué te dijeron despues?

CEB. Nunca se me orviarán
aqueyos dichos, señó.
«Cuidalo bien, con amó;
sus pares por él vendran.
Toma, cuérgale ar chiquiyo
esa caena de esmarte,
y pa que pan no le farte
ahí tienes ese borsiyo.»

COND. Mas esa cadena... dí,
la conservas todavía?...

CEB. Sí señó. (*Le entrega una de oro.*)

COND. Oh, qué alegría!
A ver? Es la misma, sí. (*Examinánd.*)
Qué sino tan desgraciado!

CEB. Porqué estasté tan prolijo?

COND. Calla, calla, que es mi hijo!
Mi hijo... y asesinado!

CEB. Ha muerto?

COND. Sí, ya espiró!

CEB. Y ha jecho usté esa perrá?
Ay! meresía usté está
en los profundo, señó!

Escena XI.

Dichos, SIMON *y varios bandidos, estos ocupan el lado izquierdo, despues de desarmar á los soldados que estarán á la derecha del espectador.*

SIM. Tó er mundo quieto!

CEB. Simon!
SIM. Qué es esto, tio Cebedeo?
CEB. Que me cogió un fariseo
y me trujo á la prision.
SIM. Pus ya estasté en libertá.
CEB. Y de qué me sirve, dí,
si á Bernardino ¡ay de mí!
no he de gorverlo á ver má?
SIM. Por qué causa? Qué ha pasao?
CEB. Que se cumplió su estino,
y en la mitá der camino
un malarma lo ha matao.
SIM. Qué me isusté! Me jundo!
Mucha sangre va á costá.
Echarse tóos á resá
que se está acabando er mundo.
Señó Conde, aquí estoy yo.
Usté la curpa ha tenío:
pus ya no hay mas, al avío:
pongasusté bien con Dió!

(Le apunta y Cebedeo lo estorba.)

COND. Cielos!
CEB. No tires, Simon!
Ejalo ar probe viví;
que si es mucho tu sentí,
es mas grande su aflision.

(Se oyen varios tiros no muy lejos.)

Pero... tiros otavía?
SIM. Esos los nuestros serán,
porque con el capitan

se najó media partía.
Ya cesan; y segun creo...

COND. Y suben!... voto á Luzbel!
Qué miro! gran Dios, es él!

(Aparece Bernardino; el Conde se le aproxima y aquel lo amenaza con el trabuco.)

BERN. Da otro paso y te vorteo!

(El Conde se postra á sus pies.)

Escena XII.

Dichos, BERNARDINO *y los demás bandidos que ocuparán todo el frente del teatro, de modo que presente la escena un cuadro simétricamente colocado: los soldados en fila cubren la derecha: los bandidos el frente y el lado izquierdo, y los personages el centro.*

SIM. Capitan! *(Lo abrazan.)*

CEB. Hijo querío!

BERN. Y Carolina?

CEB. Ayí está.

BERN. Dame un abraso, salá.

COND. Ah! gracias, gracias, Dios mio!

(Se levanta.)

BERN. ¿Qué tiene er bien de mi vía
que la encuentro de esta suerte?

CEB. Que le contaron tu muerte
y se queó esmoresía.

BERN. No se apurusté, señó; *(Al Conde.)*
estasté ya perdonao;

que nunca mal se ha portao
nengun hombre como yo.

CAR. Ha muerto! No hay compasion.
(Volviendo en sí.)

BERN. No lo creas, mi lusero:
dame un abraso, salero. (*Se abrazan.*)

CAR. Bernardino! Es ilusion?

BERN. No lo ves? Ya los abrojos
se acabaron. Toma, sielo:
limpia con ese pañuelo
las lágrimas e tus ojos.

COND. Mi pañuelo!... (*Reconociéndolo.*)

BERN. No señó:
este es mio y no robao;
que en las breñas lo he ganao
con muchisimo el honó.

COND. (La alegría me reboza!)
Examínalo prolijo!
Sí... sí... ese pañuelo, hijo,
es de tu madre y mi esposa!

BERN. Cómo!

COND. Sí, mi hijo eres:
te abandoné en tu niñez,
para volver otra vez
á recobrar mis placeres;
mas fué tan fatal mi estrella
que mis padres se opusieron,
y abandonaros me hicieron
por ser tu madre plebeya.

BERN. Es un sueño?

COND. Es realidad.

Ven, ven á mis brazos.

BERN. *lo abraza.*) Ah!
Usté me perdonará...

COND. Qué perdon? Tu heroicidad
merece mas todavía.
No recuerdes lo pasado,
porque estoy avergonzado
de mi antigua alevosía.

BERN. Orviarlo ya, corriente.
Yo lo respeto y venero.
Quitarse tós er sombrero,

(Se vuelve á los bandidos y todos se descubren á su voz.)

que está mi padre presente.

COND. A mi lado vivirás;
yo tu indulto alcanzaré:
mis riquezas te daré,
y de todo gozarás.
Sí, sí, estando con tu padre
tendrás placeres, orgías;
y dentro de cuatro dias
abrazarás á tu madre.

BERN. Es aqueya que sarvé?
Me lo daba er corason.
Pero esa proposision
no puó armitirla.

COND. Por qué?

BERN. Porque estoy apregonao,
y de la sala e Graná
han mandao tropa pa acá
y tengo que está ocurtao.

COND. Yo te encubriré.
BERN. Y mi gente?
La ejo á espensas de aqueyos?
No señó, me voy con eyos
á morí como valiente.
COND. Pues bien, yo tengo un cortijo
donde poderte ocultar,
y allí se pueden quedar
contigo los tuyos, hijo.
BERN. Estoy conforme por mí.
¿Qué te paese, Simon?
SIM. Que está mu puesto en rason.
BERN. Y tú que ises?
CAR. Que sí.
BERN. Entonse, solo un fabó
le pío á usté que me jaga.
Que pa quitarnos e plaga
busque un indurto pa tó.
COND. Así lo haré por mi vida:
en ello fundo mi afan.
Marcha con ellos, Beltran,
y enséñales su guarida.
BELT. Está bien, señor; iré.
BERN. Vente conmigo morena.
Ya se acabaron mis pena
si no cesa tu queré.
CAR. Yo que muerto te he yorao,
no he de adorarte, bien mio?
Mas mi cariño ha cresío
con verte resusitao.
SIM. Vámonos ya, capitan,

no sea cosa...

BER. Sí, cabales.
A muá e vía, chabales:
andusté, señó Beltran.
Demusté su bendision.

COND. Esa la tienes del cielo.
Y tú á mí, para consuelo,
los brazos...

BERN. Y er corason.
Ya no aspiro á mas ventura:
de lo hecho me arrepiento,
como ve desde su asiento
el que está en esas artura.
Pa no avergonsarlo, padre,
otro hombre he de volverme;
y no escanso hasta no verme
en los brasos e mi madre.
Que pronto la veve espero;
yo se lo ruego y esijo
pa que encuentre aví á su hijo:
no á BERNARDO EL BANDOLERO.

FIN.